

**Dani Rodrik**

## **El COVID-19 y el futuro**

*Project Syndicate*, 6 de abril y 12 de mayo de 2020.

### **¿El COVID-19 reconstruirá al mundo?**

6 de abril de 2020.

CAMBRIDGE – Las crisis vienen en dos variantes: aquellas para las que no podíamos estar preparados, porque nadie las había anticipado, y aquellas para las que deberíamos haber estado preparados, porque en verdad eran esperables. El COVID-19 entra en la segunda categoría, no importa lo que diga el presidente norteamericano, Donald Trump, para eludir responsabilidades por la catástrofe que se está desarrollando. Aunque el propio coronavirus es nuevo y el momento en que se produjo el brote actual podría no haberse previsto, los expertos reconocían que una pandemia de este tipo era probable.

Los brotes de SARS, MERS, H1N1 y ébola, entre otros, habían ofrecido grandes advertencias. Hace quince años, la Organización Mundial de la Salud revisó y actualizó el marco global para responder a los brotes, intentando reparar las deficiencias percibidas en la respuesta global que se experimentaron durante el brote del SARS en 2003. En 2016, el Banco Mundial lanzó un Mecanismo de Financiamiento de Emergencia para Casos de Pandemia para ofrecer asistencia a los países de bajos ingresos frente a crisis sanitarias transfronterizas. Lo más curioso es que, pocos meses antes de que estallara el COVID-19 en Wuhan, China, un informe del gobierno de Estados Unidos advirtió a la administración Trump sobre la posibilidad de una pandemia de gripe de la magnitud de la epidemia de gripe hace cien años, que acabó con la vida de unos 50 millones de personas en todo el mundo. De la misma manera que el cambio climático, el COVID-19 era una crisis agazapada. La respuesta en Estados Unidos ha sido particularmente desastrosa. Trump minimizó la gravedad de la crisis durante semanas. Cuando las infecciones y las hospitalizaciones empezaron a dispararse, el país descubrió que sufría una importante escasez de kits de prueba, mascarillas, respiradores y otros suministros médicos. Estados Unidos no solicitó los kits de prueba que había puesto a disposición la OMS, y no pudo producir pruebas confiables en una primera etapa. Trump se negó a utilizar su autoridad para requerir suministros médicos a productores privados, obligando a los hospitales y a las autoridades estatales a pelearse y competir entre sí para garantizarse suministros. Las demoras en la realización de test y en los confinamientos han sido costosas también en Europa, donde Italia, España, Francia y el Reino Unido pagaron un precio alto. Algunos países en el este de Asia han respondido mucho mejor. Corea del Sur, Singapur y Hong Kong parecen haber controlado la propagación de la enfermedad a través de una combinación de test, rastreo y políticas de cuarentena estrictas.

Asimismo, han surgido contrastes interesantes en el interior de los países. En el norte de Italia, la región de Veneto ha sido mucho más efectiva que la cercana Lombardía, en gran medida debido a un testeo más generalizado y a una imposición más temprana de restricciones de viajes. En Estados Unidos, los estados vecinos de Kentucky y Tennessee reportaron sus primeros casos de COVID-19 con un día de diferencia. A fines de marzo, Kentucky sólo tenía un cuarto de la cantidad de casos de Tennessee, porque el estado actuó

con mucha más celeridad para declarar un estado de emergencia y cerrar las instalaciones públicas.

Sin embargo, en su mayor parte, la crisis se ha desarrollado de maneras que se podrían haber previsto a partir de la naturaleza de la gobernanza prevaleciente en diferentes países. La actitud incompetente, chapucera y de autoengrandecimiento de Trump para gestionar la crisis no podía haber sido una sorpresa, tan letal como lo ha sido. De la misma manera, el igualmente engreído y caprichoso presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, fiel a su costumbre, ha seguido minimizando los riesgos. Por otro lado, no debería haber sido una sorpresa que los gobiernos hayan respondido más rápido y de manera más efectiva donde cuentan con una confianza pública significativa, como en Corea del Sur, Singapur y Taiwán. La respuesta de China fue típicamente china: supresión de información sobre la prevalencia del virus, un alto grado de control social y una gigantesca movilización de recursos una vez que la amenaza se volvió clara. Turkmenistán ha prohibido la palabra “coronavirus” así como el uso de mascarillas en público. Viktor Orbán de Hungría ha capitalizado la crisis afianzando su poder al disolver el parlamento después de otorgarse a sí mismo poderes de emergencia sin límite de tiempo. La crisis parece haber puesto aún más de relieve las características dominantes de la política de cada país. En efecto, los países se han convertido en versiones exageradas de sí mismos. Esto sugiere que la crisis tal vez no sea el punto de inflexión en la política y en la economía global que muchos auguraban. En lugar de colocar al mundo en una trayectoria significativamente diferente, es probable que intensifique y afiance las tendencias ya existentes. Episodios trascendentales como la crisis actual engendran su propio “sesgo de confirmación”: es probable que veamos en la debacle del COVID-19 una afirmación de nuestra propia visión del mundo. Y podemos percibir señales incipientes de un orden económico y político futuro que venimos añorando desde hace mucho tiempo. Así las cosas, quienes quieren más gobierno y bienes públicos tendrán infinidad de razones para pensar que la crisis justifica su creencia. Y quienes son escépticos del gobierno y denuncian su incompetencia también verán confirmadas sus opiniones previas. Quienes quieren más gobernanza global plantearán el argumento de que una salud de régimen público internacional más fuerte podría haber reducido los costos de la pandemia. Y quienes buscan naciones-estado más sólidos apuntarán a las muchas maneras en las que la OMS parece haberse equivocado en la gestión de su respuesta (por ejemplo, tomando al pie de la letra los datos oficiales de China, oponiéndose a las restricciones de viajes y desalentando el uso de mascarillas). En resumen, el COVID-19 tal vez no altere –y mucho menos revierta– las tendencias evidentes antes de la crisis. El neoliberalismo seguirá su muerte lenta. Los autócratas populistas se volverán aún más autoritarios. La hiperglobalización continuará a la defensiva mientras los estados-nación reclaman espacio para implementar políticas. China y Estados Unidos se mantendrán en su curso de colisión. Y la batalla dentro de los estados-nación entre oligarcas, populistas autoritarios e internacionalistas liberales se intensificará, mientras la izquierda lucha por diseñar un programa que apele a una mayoría de votantes.

### **Aprovechar al máximo un mundo post-pandémico**

12 de mayo de 2020.

La economía mundial se verá moldeada en los próximos años por tres tendencias. La relación entre los mercados y el Estado será reequilibrada, a favor de estos últimos. Esto irá

acompañado de un reequilibrio entre la hiperglobalización y la autonomía nacional, también a favor de esta última. Y nuestras ambiciones de crecimiento económico tendrán que reducirse.

No hay nada como una pandemia que ponga de relieve la insuficiencia de los mercados frente a los problemas de acción colectiva y la importancia de la capacidad estatal para responder a las crisis y proteger a las personas. La crisis de COVID-19 ha elevado el volumen de los llamamientos para un seguro universal de salud, una mayor protección del mercado laboral (incluidos los trabajadores de gig) y la protección de las cadenas de suministro nacionales para equipos médicos críticos. Ha llevado a los países a priorizar la resiliencia y la fiabilidad en la producción sobre el ahorro de costos y la eficiencia a través de la externalización global. Y los costos económicos de los encendidos crecerán con el tiempo, ya que el shock masivo de la oferta causado por la interrupción de la producción nacional y las cadenas de valor globales también produce un cambio a la baja en la demanda agregada.

Pero si bien COVID-19 refuerza y afianza estas tendencias, no es la fuerza principal que las impulsa. Los tres –una mayor acción del gobierno, la retirada del hiperglobalismo y menores tasas de crecimiento– son anteriores a la pandemia. Y si bien podrían considerarse que plantean peligros significativos para la prosperidad humana, también es posible que sean presagios de una economía mundial más sostenible e inclusiva.

Considere el papel del estado. El consenso fundamentalista del mercado neoliberal ha estado en retirada desde hace algún tiempo. Diseñar un papel más importante para el gobierno en la respuesta a la desigualdad y la inseguridad económica se ha convertido en una prioridad fundamental para los economistas y los encargados de formular políticas por igual. Si bien el ala progresista del Partido Demócrata en los Estados Unidos no se quedó corta de apretar la nominación presidencial del partido, ha dictado en gran medida los términos del debate.

Joe Biden puede ser un centrista, pero en todos los frentes políticos -salud, educación, energía, medio ambiente, comercio, crimen- sus ideas están a la izquierda de la anterior candidata presidencial del partido, Hillary Clinton. Como dijo un periodista, "el conjunto actual de prescripciones políticas de Biden ... ser considerados radicales si hubieran sido propuestos en cualquier primaria presidencial demócrata anterior. Biden no puede ganar en noviembre. E incluso si gana, puede que no sea capaz o esté dispuesto a implementar una agenda política más progresiva. Sin embargo, está claro que la dirección tanto en los Estados Unidos como en Europa es hacia una mayor intervención estatal.

La única pregunta es qué forma tomará este estado más activista. No podemos descartar un regreso a un dirigismo de estilo antiguo que logra pocos de sus resultados previstos. Por otro lado, el alejamiento del fundamentalismo de mercado podría adoptar una forma genuinamente inclusiva centrada en una economía verde, buenos empleos y la reconstrucción de la clase media. Tal reorientación tendría que adaptarse a las condiciones económicas y tecnológicas del momento actual, y no simplemente imitar los instintos políticos de las tres décadas doradas después de la Segunda Guerra Mundial.

El regreso del Estado va de la mano con la renovada primacía de los Estados- nación. En todas partes se habla de desglobalización, desacoplamiento, de llevar las cadenas de suministro a casa, reducir la dependencia de los suministros extranjeros y favorecer la

producción y las finanzas nacionales.

Estados Unidos y China son los países que dispusieron la pauta aquí. Pero Europa, perpetuamente al borde de una mayor unión fiscal, proporciona poco contrapeso. Durante esta crisis, la Unión Europea se ha alejado una vez más de la solidaridad multinacional y ha hecho hincapié en la soberanía nacional.

La retirada de la hiperglobalización podría llevar al mundo por un camino de escalada de las guerras comerciales y el creciente etnonacionalismo, lo que dañaría las perspectivas económicas de todos. Pero ese no es el único resultado concebible.

Es posible prever un modelo de globalización económica más sensato y menos intrusivo que se centre en ámbitos en los que la cooperación internacional realmente rinde frutos, como la salud pública mundial, los acuerdos internacionales sobre el medio ambiente, los paraísos fiscales mundiales y otras esferas susceptibles de las políticas de mendigo y de vecindad. De lo contrario, los Estados-nación no se verían gravados en la forma en que priorizarían sus problemas económicos y sociales.

Un orden mundial de este tipo no sería inconveniente para la expansión del comercio mundial y la inversión. Incluso podría facilitar tanto en la medida en que abra un espacio para restablecer las negociaciones sociales internas en las economías avanzadas como para elaborar estrategias de crecimiento adecuadas en el mundo en desarrollo.

Tal vez la perspectiva más perjudicial a la que se enfrenta el mundo a medio plazo es una reducción significativa del crecimiento económico, especialmente en el mundo en desarrollo. Estos países han tenido un buen cuarto de siglo, con notables reducciones en la pobreza y mejoras en la educación, la salud y otros indicadores de desarrollo. Aparte de la enorme carga de salud pública de la pandemia, ahora se enfrentan a importantes perturbaciones externas: una parada repentina de los flujos de capital y una fuerte disminución de las remesas, el turismo y los ingresos de exportación.

Pero una vez más, COVID-19 sólo acentúa un problema de crecimiento preexistente. Gran parte del crecimiento en el mundo en desarrollo fuera de Asia oriental se basó en factores del lado de la demanda, en particular los auges de la inversión pública y de los recursos naturales, que eran insostenibles. La industrialización orientada a la exportación, el vehículo más fiable para el desarrollo a largo plazo, parece haber funcionado su curso.

Los países en desarrollo tendrán que confiar ahora en nuevos modelos de crecimiento. La pandemia puede ser la llamada de atención necesaria para recalibrar las perspectivas de crecimiento y estimular el replanteamiento más amplio que se necesita.

En la medida en que la economía mundial ya estaba en un camino frágil e insostenible, COVID-19 aclara los desafíos a los que nos enfrentamos y las decisiones que debemos tomar. En cada una de estas áreas, los responsables de la formulación de políticas tienen opciones. Mejores y peores resultados son posibles. El destino de la economía mundial no depende de lo que hace el virus, sino de cómo elegimos responder.

---

Dani Rodrik, profesor de Economía Política Internacional en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, es autor de *Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy*.